

Solo el hombre puede reducir un conflicto de dudoso origen a la condición de interminable y conducirlo a la eliminación del oponente como opción más práctica, llegando a justificaciones que, por repetidas y altisonantes, pretenden transmutarse en única verdad.

Decía el filósofo Ortega y Gasset que la potencia del intelecto se mide por su capacidad de disociar ideas tradicionalmente asociadas. Por eso, disociar o separar ideas tan íntimamente unidas como las que representan el antagonismo atávico entre el lobo y el ganadero no es una tarea fácil de llevar a cabo. El 'in dubio pro reo', en el Derecho Penal de los humanos, garantiza que siempre debe probarse la culpabilidad y no demostrar la inocencia. El lobo, para sus detractores, es un reo sin causa ni principios jurídicos que lo avalen, y ante la duda, siempre será culpable.

El hombre ha necesitado y necesita, en la actualidad, la proteína de origen animal para poder crecer, mantener sus requerimientos energéticos y de estructuras vitales, pero no a cualquier precio. No debemos extinguir al lobo para seguir consumiendo carne. No, al menos, en la mente de aquellos que consideran que todavía hay tiempo para conocer al lobo y respetarlo. En la educación y el dialogo está la única posibilidad de convivencia.

### La alianza

Asumiendo el riesgo de simplificar miles de años de evolución solo al resultado obtenido, es posible definir el comienzo de la relación entre el lobo y el hombre como una alianza o pacto de convivencia que culminó en el origen del perro doméstico. Para eso es necesario remontarse al hombre de la Prehistoria y su obligada relación con los animales en su entorno.

Los asentamientos humanos de la Prehistoria limitaban su actividad a las horas de luz y, cuando esta comenzaba a desaparecer, coincidiendo con los primeros momentos del crepúsculo, debían buscar rápidamente el refugio de las cuevas o el resguardo de los bosques. Sus limitados sentidos de primate veían mermados sus estímulos al caer la tarde. Los primeros lobos, en su camino a transformarse en perros, establecieron un pacto de colaboración con aquellos primitivos hombres; los unos aportaban vigilia, sentidos exacerbados por la oscuridad, y el hombre les proveía de comida, abrigo y compañía.

La sociedad así establecida se basaba en un intercambio complejo, en los aspectos de sinergias conductuales que favorecieron la evolución humana, y muy simples a la vez si pensamos en las gélidas condiciones en que se desarrollaba la vida de los hombres prehistóricos y el calor que lograban obtener del contacto con los primeros lobos-perros domesticados.

Esta colaboración y la transformación del lobo salvaje en perro

ADRIÁN ROMAIRONE DUARTE Y JUAN ROMAIRONE LÓPEZ VILLAR  
VETERINARIO Y ESTUDIANTE DE BIOLOGÍA

## EL LOBO IBÉRICO. EL ARTE DE SOBREVIVIR, DESDE LA PREHISTORIA HASTA NUESTROS DÍAS



domesticado ocurrió en un intervalo que va entre los 20.000 y 30.000 años anteriores a la era cristiana y podría remontarse, inclusive, hasta los 130.000 años. Hasta este momento, clave en la evolución humana, eran el lobo y sus camadas las que acompañaban a los hombres prehistóricos durante sus largos desplazamientos en busca de comida. Por eso, la evidencia de convivencia entre ellos ha traspasado la barrera de los siglos en la información filogenética del Homo sapiens, arropada entre sentimientos de agradecimiento, condescendencia y admiración, más que de desconfianza y odio.

### Domesticación

Con la evolución y en respuesta al creciente grado de cerebralización del ser humano prehistórico (sumado a las ventajas de la posición erecta y la paulatina liberación de las manos), comienza la domesticación de los animales útiles para su beneficio, incluyendo al perro primigenio, en su imparable metamorfosis de primate recolector, a cazador organizado, agricultor y ganadero. De acuerdo con los hallazgos realizados en las excavaciones de Altai, en Siberia, Pat

«Sin el lobo y el perro, el hombre podría haber desaparecido como especie»

Shipman, antropóloga de la Universidad de Pensilvania, asegura que la domesticación del perro jugó un papel decisivo en la supervivencia del hombre moderno frente a los neandertales, debido a la colaboración en la captura de especies, contribución a desarrollar la caza al acecho, y transporte de restos de grandes animales.

La extinción del hombre de Neanderthal y el paso al hombre moderno fue el punto de inflexión que marcó el inicio de la imparable evolución cultural del ser humano, logrando llevar a la especie a lo más alto de la pirámide ecológica; y es aquí donde podríamos llegar a la conclusión de que sin el lobo y sin el perro, el hombre podría haber desaparecido como especie.

En la actualidad nos encontramos con la paradoja de que el otrora necesitado hoy domina toda extensión y ser viviente y ya no reconoce el alcance de su histórica alianza, abocando a su ancestral aliado a la categoría de villano por tener que sobrevivir en unas condiciones para las que no está preparado. El lobo, origen de nuestros perros de hoy, ya no encuentra comida con la abundancia que le otorgaba tener al ser humano en reductos pequeños, aldeas con escaso número de habitantes y sin las infraestructuras que hoy atraviesan en todas direcciones sus territorios de caza, comida y reproducción. Sin desearlo, en sus desplazamientos en busca del dia-

rio sustento, tropiezan con el ser humano y sus pertenencias, y entre ellas, hatos de ganado sin ninguna protección, situación de desventaja para un animal como la oveja doméstica o el ganado vacuno, que ha perdido por completo su sentido de la supervivencia en favor de la protección que debería otorgarle el ser humano.

### Valor

Por eso, cuando se producen incursiones de este cánido ancestral en las zonas comunes de aprovechamiento (área de campeo para el lobo y zonas de pastoreo para el ser humano), debemos reconocer que no es difícil llegar a la conclusión de que no es responsabilidad del lobo, ni de la oveja, ni de la vaca.

La necesaria protección que mantendría en vigor la alianza, ese pacto ancestral que une al lobo y al hombre, debe ser instrumentalizada por el mismo ser evolutivamente superior, que ha sido capaz de dominar los ríos, generar electricidad, crear vacunas, alargar su propia vida, trasplantar corazones; ha sido capaz de volar, de viajar, de crear armas de destrucción masiva; en fin, ha sido capaz en 200 años de cambiar la

«Merece un estudio amplio, científico y consensuado que permita preservarlo»

historia y el devenir de su propia especie. Pero aún, después de 30.000 años o más, no ha logrado el equilibrio necesario que le permita cuidar su ganado para poder mantener sin ruptura la alianza con la naturaleza y, dentro de ella, con uno de sus componentes más necesitado de cuidado, gestión y respeto: el lobo.

Hasta este momento, y a tenor de los resultados que hoy conocemos, el lobo nunca superó al ser humano en número, es decir, no es posible afirmar que hubiera competido por los recursos tróficos logrando una posición de dominio con respecto al grupo de los hombres, ni tampoco sería posible suponer que hubiera establecido al hombre entre los componentes de su dieta habitual. Aún en los momentos de mayor indefensión o desarrollo, las poblaciones humanas nunca consideraron al lobo como un enemigo a extinguir, ni consideraron a la especie como un limitante para su desarrollo.

No es hasta el descubrimiento de las armas de fuego cuando el hombre decide dominar, matando a distancia, sin previo aviso, a los animales que había incluido, por mera competencia o capricho, en la lista de alimañas a extinguir.

### Valor

Este paria de la Naturaleza, de arraigados hábitos nocturnos y carroñero antes que cazador, huye de la presencia del hombre, llegando a transformarse en invisible para el ser humano, salvo, cuando por la interacción lógica de compartir un territorio, se cruza con animales cuya captura no le requieren una gran inversión energética, y pone todo su instinto en aprovechar la ocasión.

Por último, hemos de reconocer el inmenso valor morfológico, genético y conductual que representa este animal, que ha atravesado la historia sin cambios y ha vivido entre los antiguos habitantes de la Península Ibérica, como lo atestiguan reconocidos registros fósiles, transformándolo en un eslabón vivo que nos une a los insondables secretos del hombre prehistórico y sus costumbres.

Cada lobo que se muere se lleva un material genético singular (cada cromosoma representa un registro fósil único), irreproducible, que guarda en sus códigos infinita cantidad de información, que podría contribuir, con su descubrimiento, al conocimiento de los secretos de la resistencia de esta especie a los mismos cambios climáticos y atmosféricos que condujeron a muchos otros animales a la extinción.

El lobo merece un estudio amplio, científico, y consensuado que permita preservarlo para las generaciones venideras, sin la amenaza de su constante reducción numérica que le abocará sin paliativos a la consanguinidad y erosión genética de sus poblaciones, situación tan catastrófica y letal como el exterminio directo e individual de cada uno de los ejemplares que hoy habitan la Península Ibérica.